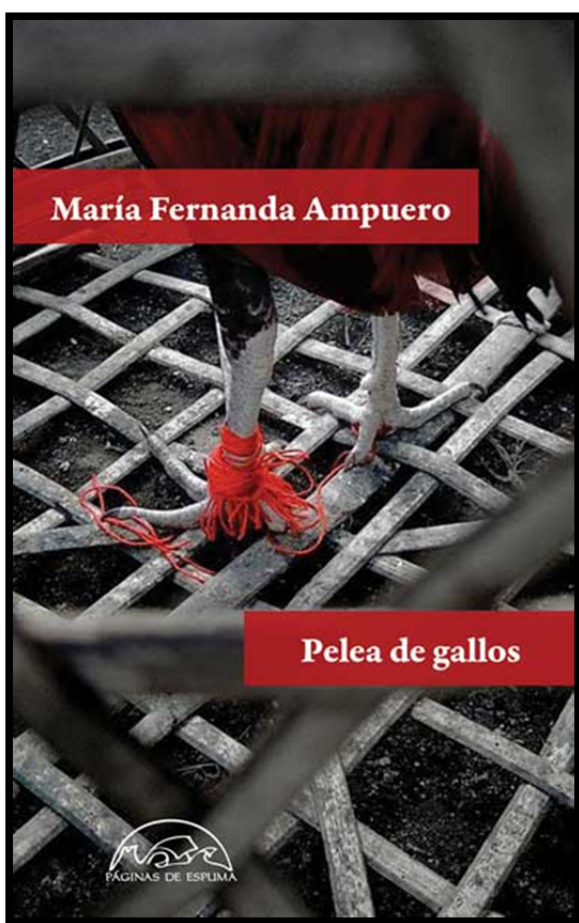


María Fernanda Ampuero

Pelea de gallos



“¡Brutal!”

MARIANA ENRÍQUEZ

“La voz de María Fernanda Ampuero es dura y hermosa; sus cuentos son objetos preciosos y peligrosos”

YURI HERRERA



Editorial Páginas de Espuma

91 522 72 51 || ppespuma@arrakis.es

Información: www.paginasdeespuma.com

María Fernanda Ampuero, la escritora ecuatoriana



María Fernanda Ampuero nació en Guayaquil, Ecuador, en 1976 y estudió literatura. Colabora con numerosos medios internacionales y hasta la fecha ha publicado dos libros de crónicas, *Lo que aprendí en la peluquería* y *Permiso de residencia*. En 2016 ganó el premio Cosecha Eñe de relato. *Pelea de gallos* es su primer libro de cuentos.

Estudió literatura en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Es docente, periodista, escritora y emigrante. Ha trabajado en los diarios *El Universo*, *El Comercio*, *El Telégrafo* y en las revistas *Vistazo*, *Mundo Diners*, *Soho*, *Fucsia*, *Cartón Piedra*, *Gkillcity*, *Soy la Zoila*, *8 y medio*, *Clave*, *Ecuador Infinito*, *Casa Palabras*. Escribe una columna mensual llamada 'Cuestión de Fer' en la revista *Mundo Diners* y una quincenal, 'Primera Línea', en la

revista *Cartón Piedra* de diario *El Telégrafo*. Forma parte de la recopilación de narrativa corta más importante del Ecuador, *Antología Básica del Cuento Ecuatoriano*, compilada por Eugenia Viteri, y de varias antologías del nuevo cuento ecuatoriano como *Todos los Juguetes*, cuyo editor fue Juan Fernando Andrade. Forma parte de la antología *Amor y desamor en la mitad del mundo*: muestra del cuento ecuatoriano contemporáneo, una edición bilingüe publicada por la Embajada de Ecuador en China que primero se publicó en Editorial Arte y Literatura de Cuba en 2013 (la antología corrió a cargo de Raúl Vallejo).

Pelea de gallos

Pelea de gallos narra desde diferentes voces el hogar, ese espacio que construye —o destruye— a las personas, aborda los vínculos familiares y sus códigos secretos, las relaciones de poder, el afecto, los silencios, la solidaridad, el abuso... Es decir, todos los horrores y maravillas que se encierran entre las cuatro paredes de una casa: el espanto y la gloria de nuestras vidas cotidianas. María Fernanda Ampuero ha reunido en su primer libro de cuentos a un buen número de seres inocentes que se corrompen, gente enferma de amor, de soledad, de pérdida —personas que luchan, a su manera, contra la nítida crueldad de estar vivos— y lo hace con un libro demoledor y apegado a Latinoamérica, en cuyas páginas se van desgranando elementos culturales, políticos y sociales que retratan a un continente en su complejidad, en sus radicales diferencias y semejanzas.

Entrevista

Mujer, periodista y escritora que engloba bajo la palabra emigrante y su nuevo libro Pelea de gallos explora, resumamos, es casi un manual sobre la violencia. Un libro, por otro lado, muy esperado. A ver... relaciónelo todo.

Empiezo por el final: Muy esperado... por mí. Ojalá también lo sea para otros. Escribo desde que era muy niña y treinta años después mi ficción va a estar en un libro por primera vez. Todavía me parece increíble, una emoción de primeriza a mis años (je). Es como lo de la canción de Violeta Parra: “volver a los diecisiete después de vivir un siglo”. No sé si el libro sea un manual sobre la violencia, pero sí creo que es un libro que va sobre la vida y la vida es violenta, somos el resultado de diferentes violencias: la furia del deseo, la embestida, el parto que es sangriento y horrible como la escena de un crimen y eso es sólo el principio: luego viene el ansia por ser queridos, la consciencia de la muerte, la pelea por hacernos un hueco en este mundo que siempre es ajeno, el desafecto, la imperfección, la comprobación de que no somos imprescindibles para nada ni para nadie, el daño, pues, el daño que es lo que en verdad nos modela. Lo que llamamos personalidad o identidad es daño, sin él seríamos todos iguales. El daño determina, endurece, dulcifica, hace madurar, une y separa. Los años se miden en daños: los fines del mundo de cada uno. Así que ¿cómo no iba a hablar de la violencia si vivir es en realidad sobrevivir? El ser humano es 70 por ciento de agua y 30 por ciento de violencia. Agua violenta, por decir así.

Sí, mujer, escritora y emigrante. Esas son tres características que me definen bastante bien. Las tres cosas hicieron mi estar en el mundo diferente, me dieron experiencias intransferibles, dieron a mi columna vertebral una rigidez y a la vez una flexibilidad muy particulares. Y los ojos... Los ojos cómo cambian cuando emigras, no es que te mudas a un nuevo país, es que el nuevo país te muda a ti. Emigrar es lo más brutal que he hecho y como todas las cosas brutales me transformó para siempre en una persona distinta.

Bajo una propuesta simbólica que recorre las vertientes social, cultural y hasta mitológica, sus personajes parecen gallos que deben aprender a relacionarse bajo circunstancias de tensión y anormalidad. ¿Es ese el punto de arranque de su literatura en este libro?

¿Sabes esa idea de que de cerca nadie es normal? Creo que normal es un concepto que se inventó para ayudarnos a sobrellevar al monstruo que todos somos o con el que todos convivimos. La convivencia es monstruosa. La familia es monstruosa. Lo “normal” es negar la monstruosidad, pero todos la conocemos, la ejercemos, la constreñimos, nos devuelve la mirada desde el espejo muchas más veces de las que estamos dispuestos a admitir. La anormalidad, aunque parezca contradictorio, es la norma. Nos mentimos, decimos que no, cuando pasa algo atroz Y SE SABE decimos “parecía una persona normal”, pero en el fondo creo que todos sabemos que todos somos capaces de todo en las circunstancias propicias. El miedo al monstruo es el miedo a uno mismo. Creo que la tensión nace en la esquina entre la pretensión de

normalidad y la constante presencia de lo anormal. Creo que los personajes de este libro saben con nitidez que nadie es normal y creo que las circunstancias en las que se relacionan llevan al límite esa certeza: caen las máscaras, me gusta hacer caer las máscaras, las máscaras son más monstruosas que el monstruo porque lo ocultan. En el patio de mi vida y en el de mucha gente hay fosas comunes de actos –omisiones, palabras– monstruosos que, como en *El corazón delator*, claman por reconocimiento y justicia. Me gusta pensar que lo que hago es dar paz a los fantasmas, a los de la violencia, a los del incesto, a los del desafecto, para que dejen de penar en el mundo de los vivos, en mi mundo. Madurar consiste en hablar con los monstruos.

No podemos descartar la cercanía que tiene su libro con paisajes y paisanajes latinoamericanos. En ese sentido, su libro se abre (en carnes a veces) y muestra la compleja realidad latinoamericana tras el velo literario. Gran empresa esta, pero... ¿se lo propuso?

No, pero soy eso. Latinoamérica es monstruosa y yo también. Veo normales ciertas circunstancias que harían llorar al niño dios si existiera. He crecido en la desigualdad, la he mamado de la teta de mi mamá, la he ejercido sin siquiera sospechar que estaba siendo clasista o racista, que eso tenía un nombre, que eso era obsceno. O sea, soy una puta privilegiada, una dama feudal en el siglo XXI. Mi pensamiento, mi formación, mi cuerpo son producto de la desigualdad social, soy porque otros y otras no fueron, ¿no te parece una cosa bestial reconocer eso? Latinoamérica es un continente muy hijueputa y esa hijueputez forma parte de su encanto y de nuestro encanto... Latinoamérica es un oximoron despiadado y a mí me da miedo ser de ahí y me da más miedo que millones de personas vivan y mueran sin darse cuenta de eso. En ese sentido creo que los diez mil kilómetros que puse de distancia entre Latinoamérica y yo fueron más bien diez mil lentes de aumento, que salirme de ahí me permitió verlo de verdad y, claro, me espanta esa tierra desigual, machista, clasista-racista hasta el terror, ilógica, caótica, cruel. Me espanta, sí, pero exactamente en la misma medida la amo como amo a todos mis monstruos.

Las clases sociales, las altas y las bajas, las urbanizaciones vigiladas de aislamiento y la periferias perdidas de muerte. ¿Introducimos en su libro una clave sociológica de lectura?

No estoy interesada en hacer una denuncia social. Mejor dicho, si quisiera hacer una denuncia social, y quiero y la hago, usaría otros canales. Al escribir lo que pretendo es entrar en sitios, verlos, comprenderlos, vivir yo en esos sitios, ser esos sitios. Me interesa ser lo más genuina posible a la hora de contar y la denuncia o cualquier otro fin en la literatura genera una impostura que el lector pilla de inmediato y que hace que ese contrato de “te voy a contar una mentira y tú te la vas a creer” se rompa. Te desacreditas, se te ven las costuras. ¿Te imaginas qué asco una literatura de leccioncitas? Yo pretendo -creo que todos- crear vida con sus contradicciones y sus absurdos, con su sí pero no, con sus grises. Ese es el disparate de escribir, ¿no? Pretender que podemos meternos en la piel de cualquiera: un imposible que seguimos

intentando. A mí me interesa mucho saber qué pasa detrás de los muros, las puertas, las fronteras invisibles detrás de las cuales ya no estás a salvo (eso que llamas periferias), por eso creo que en los cuentos burlo la vigilancia de las urbanizaciones privadas: porque quiero ver. Me obsesiona la idea de que esas ciudadelas, al edificar esos muros tan altos para evitar el ingreso del “otro”, lo que hacen es convertirse en una especie de prisión para sus habitantes. Me obsesiona el ser humano cuando pretende ser puro e incontaminado cuando, en realidad, todos somos una misma mierda con diferentes números en la cuenta bancaria. Eso sí que me interesa mucho explorar: el miedo al monstruo ajeno cuando el monstruo propio es igual de voraz y peligroso. Lo de “ellos” y “nosotros” siempre me ha fascinado. Siempre he querido ser otra, nunca he creído en el nosotros. El sueño del “nosotros” produce monstruos.

No se va a escapar de esta entrevista si hablarnos del marcado predominio de sus personajes femeninos, fuertes unas, dañados otras: madres e hijas, amigas y enemigas, vivas y muertas.

Yo soy mujer desde hace relativamente poco, antes de eso era alguien que intentaba vivir y que se enfrentaba al mundo con las herramientas que tenía, que vivía las injusticias, las zancadillas, pero que no las relacionaba necesariamente con su sexo. Es devastador para mí pensar que hay mujeres que se mueren sin haber sido mujeres, es decir, sin haber sabido de sus condiciones diferenciadas, de sus múltiples opresores y de su poder. Cuántas cadenas hubiésemos roto si todas supiéramos que somos mujeres. De hecho, hay millones de mujeres que viven y mueren en complicidad con su tirano no porque no puedan hacer otra cosa, sino porque no saben que hay otra cosa. Es como si una persona negra no supiera que es negra y que diera la razón a los racistas y pensara que otro mundo es imposible, que la única manera de vivir es bajo la desigualdad y la discriminación. Me duele mucho haber pasado más de la mitad de mi vida siendo una mujer que no sabía que era una mujer, pero una vez que lo aprendes ya no hay vuelta atrás, todo se recoloca, se resignifica, el absurdo de la superioridad del hombre chirría hasta ensordecen, empiezas a decir “no, por ahí no paso”. Yo no escribo literatura femenina o literatura para mujeres porque eso, lo de que se escribe para un sexo en concreto o que un sexo en concreto va a entenderte mejor, es una pendejada titánica (de hecho, ya especificarlo me da vergüenza), pero sí que escribo desde mí –¿desde dónde más pues? – y, obviamente, mi experiencia vital está marcada por el sexo femenino, soy mujer y no otra cosa: intento escribir sobre lo que más conozco y conocer más mientras escribo. Al escritor hombre no se le pregunta por qué tiene tantos personajes masculinos o se lo ubica en la estantería de literatura para varones, ¿no sería irrisorio poner a Hemingway en la sección “literatura masculina” en las librerías? ¿Y por qué no lo es encasillarnos a nosotras en literatura femenina? No tiene absolutamente ningún sentido que nosotras seamos un género literario, como la ciencia ficción o lo bélico, mientras los hombres son lo que se llama literatura universal (¡universal!). Otra razón más por la que, aunque suene paradójico, agradezco haber descubierto que soy mujer: para exigir ser vista de verdad como un ser humano.

En librerías españolas en 7 de marzo de 2018